

CAPITULO XXV.

Estado de Italia bajo la dominacion austriaca.—Rendicion de la plaza de Lille.—Negociaciones de Luis XIV con los holandeses. Son rechazadas las condiciones impuestas por los aliados.—Córtes de castellanos y aragoneses.

El año de 1708 tuvo Italia motivos suficientes para comprender cuán diferentemente pesaba sobre ella el yugo de los alemanes, de cuando los españoles dominaban en Nápoles y Milan. El duque de Monteleon, el Cardenal, su hermano, y otros que habían ayudado á los alemanes contra españoles y franceses, pesarosos de lo que habían hecho, intentaban volver al partido de los españoles; y aún cuando dieron algunos pasos en este sentido, no tuvieron consecuencias por el momento.

Los estados de la Iglesia eran los que más sufrían con el despotismo de los alemanes, que no respetaban ni la autoridad del Papa.

En Nápoles y Milan se apoderaron de todas las rentas y beneficios eclesiásticos, desentendiéndose de las censuras.

Exigieron del Pontífice que reconociera á Carlos de Austria como rey de España, mientras el príncipe Eugenio prohibió en Milan que se sacase dinero para Roma. Siguiendo en su sistema los alemanes de no reconocer autoridad en la Iglesia para dar las investiduras de los reinos de Nápoles y Sicilia, que no consideraban como feudos de la Iglesia, dispusieron que en adelante no se tomara tal investidura.

Acordaron también que se restituyeran al reino de Nápoles los estados de Avignon y el Benevento, que usurpara á aquel reino el papa Clemente VI.

Hicieronse dueños también del estado de Camachio, propiedad de la Iglesia, y si no acuden tropas pontificias con prontitud hubieran hecho lo mismo con el de Ferrara.

La Santa Sede, viendo la hostilidad de los católicos alemanes, reclamó de las potencias amigas, principalmente de Francia y de España, auxilios, aprestándose por su parte, con cuantos recursos estaban á su alcance, á defenderse.

Los imperiales ratificaron en la Dieta de Ratisbona cuanto se había hecho en Italia en contra del pontificado. Declaróse que Parma y Plasencia no eran feudos de la Iglesia sino del imperio, y despues de declarar también nulas las censuras puestas por Su Santidad, continuaron invadiendo los Estados de ésta.

El marqués de Prie hizo al Papa proposiciones de ajuste, cuyas bases principales se reducian: á que el Papa licenciara sus tropas; reconociera por rey de España al Archiduque, y que diera cuartel en sus Estados á diez y ocho mil alemanes. El Pontífice no accedió, apresurándose á fortificar el castillo de Sant-Angelo.

Estrechado el Papa por el marqués de Prie, le pidió una suspensión de armas, y éste le respondió que sólo tenía orden de ofrecer la guerra ó la paz. Obligado finalmente Su Santidad á suscribir lo que los alemanes le proponían, hizo el ajuste con las mismas condiciones que ántes hemos expresado. De esta manera llegó á conocer la Santa Sede cuán diferente había sido la dominacion de los españoles en aquellos países á la de los alemanes.

No andaban por los Países-Bajos, con mejor fortuna para los Borbones, las operaciones de la campaña.

Dióse el mando superior de los ejércitos franceses, que ascendían en totalidad á cien mil hombres, al presunto heredero de Francia, duque de Borgoña, bajo la dirección del de Vendome.

Habíanse apoderado por sorpresa de algunas plazas del Brabant, como Brujas y otras; pero rehechos los ingleses y holandeses, acometieron, guiados por Marlborough y el príncipe Eugenio, á un cuerpo de treinta mil franceses, que fué totalmente deshecho. Con esta victoria los aliados pusieron á contribucion todo el Artois, y se prepararon á sitiar á Lille, que defendía el mariscal de Boullers con veinticinco batallones, dos regimientos de dragones y doscientos caballos.

El duque de Berwick con treinta mil hombres, á los que luégo se incorporaron diez mil que mandaba La Cruz, se corrieron á unirse con el duque de Borgoña, á fin de hacer levantar el sitio que ya le tenía puesto el príncipe Eugenio. Abiertas varias trincheras, dieron los sitiadores algunos asaltos, teniendo que retirarse con pérdidas considerables. En fin, cuando ya los sitiadores tenían fuera de combate veinte mil hombres, y despues de sesenta y dos días de sitio, el 22 de octubre de 1708 pidió capitulacion el mariscal de Boullers, que se le concedió.

La ciudadela siguió defendiéndose hasta el 8 de diciembre, en que se entregó por orden del duque de Borgoña, que se retiró á Francia deseoso, segun se decía, de obligar al Rey, su abuelo, á hacer la paz.

Supónese, no sin razon, que las miras del duque de Borgoña tendían á que el rey Luis XIV retirara su apoyo á Felipe V, á fin de que éste tuviese que abdicar; en cuyo caso el de Orleans entraría á ocupar el trono de España, aspiracion que éste no abandonaba nunca, y de que ya hicimos una somera indicacion anteriormente.

Las cosas en este estado, Luis XIV determinó entrar en negociacion con los aliados, y al efecto, en marzo de 1709, mandó al presidente Rouiye al Haya con plenos poderes, supuesto que los holandeses eran tenidos por entónces como árbitros de las potencias de Europa.

Vencedores los aliados en aquellos momentos, y persuadidos de

la situacion angustiosa en que se encontraba la Francia, trataron, como es consiguiente, de sacar el mejor partido y exigieron á aquélla que declarase formalmente que abandonaría á España y sus dominios, excepcion hecha de Nápoles y Sicilia.

Dispuesto se hallaba ya el frances á acceder á esta condicion, pero confesando que no tenía el consentimiento de su nieto Felipe V.

Entónces los aliados le impusieron que, como garantía de su promesa, se comprometiera á entregar las plazas que las tropas francesas ocupaban en España, condicion que rechazó el rey de Francia por humillante.

No ignoraba Felipe V el sesgo que tomaban estas negociaciones, ni lo que respecto á él se pensaba, y escribió á su abuelo una enérgica carta, haciéndole ver que era sabedor de lo que se trataba, y le manifestaba que estaba resuelto, mientras le quedase una sola gota de sangre en sus venas, á conservar un trono que debía en primer lugar á Dios, y despues á sus antepasados, y del que sólo le podría arrancar la muerte.

Informóse Luis XIV por medio del embajador Amelot del espíritu que reinaba en los pueblos de España, y éste le hizo entender que era general el amor que aquéllos tenían á Felipe, que no se oían quejas por ninguna parte, ni se advertían síntomas de desobediencia, á parte de algunos descontentos, porque no podían disponer y mandar á su albedrío: que la princesa de los Ursinos era tan desinteresada, que ni aún pedía los sueldos que se le debían, y por último, que si Francia le desamparaba, los españoles lo abandonarían también y no podría sostenerse; y resolvióse, en vista de todo esto, el monarca frances á continuar las negociaciones con los holandeses, pero sin aceptar ni rechazar lo que éstos le proponían respecto de España.

En su consecuencia, mandó al Haya á su ministro Torzy para que activara las negociaciones. Insistiendo los confederados en que se restituyera la monarquía española á la casa de Austria, el monarca frances llegó hasta convenir en abandonar á España.

Triste era la situacion de la Francia por entónces; los reveses que acababa de sufrir en los Países-Bajos perdiendo á Lille, que era la llave del Escalda, descubierta la frontera francesa, abiertas las puertas de Francia á los enemigos, las inundaciones y las heladas de aquel invierno que defraudaron las esperanzas de una buena cosecha, exhausto el tesoro, sin paga ni pan el soldado, las deserciones aumentando por momentos y desalentado el pueblo frances, no tuvo otro remedio Luis XIV, viendo tanta miseria y tanto desastre, que ceder á las exigencias de sus enemigos, sacrificando á España.

Advertido el rey Felipe del peligro que le amenazaba, se decidió á tomar una resolucion definitiva y enérgica. Convocó Córtes de castellanos y aragoneses para que fuese reconocido y declarado como príncipe de Asturias y heredero del trono de Castilla su primogénito D. Luis.

En la iglesia de San Jerónimo del Prado de Madrid fueron congregadas, con la solemnidad de costumbre, las Córtes españolas, el día 7 de abril de 1709, donde efectivamente fué reconocido y jurado el príncipe.

Pocos días despues empezó á tomar disposiciones rigurosas, que hacían ver la firme resolucion que había hecho de no salir de España.

Una de sus medidas primeras fué cerrar el tribunal de la nunciatura, y cortando toda comunicacion con la Santa Sede, mandó salir inmediatamente de España al Nuncio, con lo que se dió motivo á largas y ruidosas disidencias con la Silla Pontificia, que duraron muchos años. Adoptó esta conducta con el papa Clemente XI, porque no le había reconocido como rey católico de España, aunque era afecto á la dinastía de los Borbones. Por el mismo tiempo escribió á su abuelo una carta, de la que vamos á insertar lo más importante, porque es indudablemente el documento que ofrece el rasgo más característico del primer Borbon que reinó en España.

Lleva la fecha del 17 de abril de 1709, y dice así:
«Tiempo hace que estoy resuelto, y nada hay en el mundo que pueda hacerme variar. Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me impone mi conciencia, mi honor y el amor que á mis súbditos profeso. Cierzo estoy de que no me abandonaré mi pueblo, y que si expongo mi vida, como tengo resuelto ántes que abandonarlo, mis súbditos derramarán también su sangre por no perderme. Si fuera yo capaz de abandonar mi reino por cobardía, estoy cierto de que os avergonzaríais de ser mi abuelo. Ardo en deseos de merecer sólo por mis obras como por la sangre lo soy... con la vida tan sólo me separaré de España, y sin comparacion quiero más perecer disputando el terreno palmo á palmo, que empañar el lustre de nuestra casa, que nunca deshonraré si puedo; con el consuelo de que, trabajando para bien de mis intereses, trabajaré al mismo tiempo en obsequio de los vuestros y de los de Francia, para quien es una necesidad la conservacion de la corona de España.»



J. FERRE, L.

L. H. VIDAL, Ome, P.

EL CONDE DE AGUILAR

CAPITULO XXVI.

Siguen las conferencias sobre la paz.—Descontento del pueblo de Madrid.—El conde de Aguilar.—Rompense de nuevo las hostilidades.
Situación de los beligerantes al terminar el año 1709.

Era la condición principal que los confederados ponían para hacer la paz, que se reconociese al archiduque Carlos como soberano de la monarquía española, y que de modo alguno pudiera reinar jamás en ella la dinastía de los Borbones, y exigiendo además al rey de Francia que, si á los dos meses de suspendidas las hostilidades no hubiese Felipe consentido en renunciar la corona, se retirarían las tropas francesas de la Península para unirse con los aliados, á fin de arrancar á Felipe el consentimiento.

El anciano monarca indignóse finalmente con tales proposiciones, las rechazó y declaró solemnemente que, en la alternativa de pelear contra sus hijos ó contra los extranjeros, no podía haberle vacilación.

Entre tanto, su nieto publicaba un manifiesto en que daba cuenta á los españoles de la exigencia escandalosa de los confederados, y les excitaba calurosamente á que derramasen hasta la última gota de sangre en su defensa y para consolidar su monarquía, de modo que sus hijos lograran al menos coger los sazonzados frutos de la paz.

Los pueblos de una y otra nación respondieron al llamamiento de sus respectivos soberanos con no ménos ardor y entusiasmo.

Los españoles, aunque algo disgustados por el camino que seguía la política dentro de la corte, se apresuraron á tomar las armas.

Eran las quejas que los españoles tenían contra Francia harto fundadas. El embajador Amelot y la princesa de los Ursinos eran los que manejaban el timón del gobierno, y se les achacaba, con razón, ser autores de las calamidades que afligían al reino. Ellos hicieron que fuesen separados del Consejo Montellano y otros por consideráseles poco afectos á Francia; porque, en efecto, había magnates, como el duque de Medinaceli, que andaban en tratos con los aliados para echar á los franceses, que en todo se mezclaban, y parecía que propendían á dominarlo; de modo que el populacho de Madrid, en el que se difundían aquellas ideas, llegó á tomar tanta aversión al ejército francés, que se temió un día que se levantara contra los que de aquella nación residían en la corte.

Con la sagacidad que le era peculiar, la princesa de los Ursinos, penetrada de esta disposición de los ánimos, supo hacer cundir el pensamiento de que no tenían los españoles otra salvación que la de sostener á Felipe V; puesto que de otro modo cualquiera, bien se entregarán á la influencia francesa, bien á la de Austria, la desmembración de España sería inevitable, y por tanto que al orgullo nacional no le quedaba otro medio que sostener á su Rey.

Hizo además aquella hábil Princesa que recayera en el embajador Amelot toda la odiosidad de las medidas impopulares que se habían adoptado, y pidió su destitución.

De acuerdo Felipe en esta parte con lo que la Reina y la camarera le expusieron, convocó á los ministros y á los grandes del reino. Expúsoles el estado de las cosas y el ánimo decidido en que estaba de no dejar á España, con cuya adhesión y cariño contaba, y concluyó pidiéndoles consejo.

El anciano cardenal Portocarrero, que se hallaba en la reunión, le contestó á nombre de todos, exponiendo que el honor, la lealtad y el deber imponían á los españoles la obligación de defender á su Rey y sacrificarse por él, y que sería mengua que Inglaterra y Holanda desmembrasen la monarquía: que si Francia no podía ayudarles, no debía importarle ni desanimarse por ello, pues no habría español que no corriera gustoso á empuñar las armas para sostener de tan sagrados objetos.

Acogidas por la asamblea con grande entusiasmo y aplausos las palabras del Prelado, terminó rogando al Rey que nombrase un gobierno puramente español, excluyendo de él á los franceses, que no estaban muy bien mirados.

Accedió Felipe á lo que se le pedía y á lo que ya de antemano estaba preparado por la princesa de los Ursinos, que consiguió, por medio de la Reina, su protectora, no ser incluida en esta medida, que fué indicada por ella misma.

Reemplazó al embajador francés, Blecourt, que ya había sido ministro en España. Nombróse ministro de Estado al duque de Medinaceli y de la Guerra al marqués de Bedmar; los demás, por ser españoles, continuaron en sus puestos.

El duque de Alba y el conde de Bergueick fueron de plenipotenciarios al Haya, con instrucciones terminantes que en resumen eran: «que España estaba resuelta á no ceder punto alguno de la Península, de las Indias ni del Milanesado; protestando de la desmembración hecha á favor del de Saboya. Deseoso de conseguir la paz, se avenía Felipe á indemnizar á éste con la isla de Cerdeña, Nápoles al Archiduque, y la Jamaica á los ingleses, á condición de que éstos devolvieran Mallorca y Menorca.»

Las conferencias del Haya no dieron resultado pacífico. Rotas las hostilidades, pusieronse inmediatamente en movimiento los ejércitos de uno y otro bando.

España se aprestó de nuevo á la lucha: el clero en general ofreció sus tesoros, y con sus exhortaciones movió los ánimos para combatir á un príncipe que se decía sostenido por herejes y protestantes: la nobleza aprontó cuantiosos donativos.

Aunque parecía que por ahora no había de ser España el pariente de la guerra, se solicitó de Luis XIV que, no obstante la penuria de su propio reino, dejase en España treinta y cinco batallones franceses, pues los esfuerzos extraordinarios que España hacía no serían suficientes para resistir á tantos enemigos.

Dióse el mando del ejército al conde de Aguilar, que gozaba reputación de entendido militar y de valeroso en los campos de batalla, y esta fué la primera vez que en el reinado de Felipe V se vió encomendado el mando del ejército á un español, según se habrá tenido ocasión de observar.

Luis XIV, por su parte, se apresuró á hacer lo mismo. En medio de los apuros en que tenía su reino, pudo todavía poner en pié de guerra cinco ejércitos. Para ello hubo necesidad de enviar su vajilla á la casa de moneda, siguiendo su ejemplo los príncipes y gran número de personas acomodadas, pues solamente así podía reunirse lo necesario.

El mando del ejército destinado á Flándes se encomendó al mariscal de Villars; el del Rhin al de Harcourt; el del Delfinado al de Berwick; el del Rosellon al de Noailles, y al mariscal de Bezons se le destinó al que había de operar en Cataluña, donde la insurrección tenía su foco principal.

Cinco ejércitos tenían también los confederados: el príncipe Eugenio de Saboya estaba al frente del de los Países-Bajos, secundado por el duque de Marlborough; el duque de Hannover, mandaba el del Rhin; el conde de Thaur, dirigía el del Piamonte; el conde de Staremberg se encargó del de España y además también del de Portugal.

Unos y otros ejércitos iban dirigidos por los más diestros y experimentados capitanes de la época.

El mariscal de Villars que, según el juicio de muchos historiadores de la época, era el primero de los generales de aquel tiempo, tuvo efectivamente que hacer alarde de una suma de inteligencia, pericia y valor que excede á toda ponderación; pero también el duque de Berwick, en las fronteras de Italia, tuvo que vencer dificultades sin cuento para poder sostenerlas, con un ejército desprovisto de todo hasta de lo más indispensable, sin dinero y sin recursos de ninguna especie.

Ciento veintiocho batallones y doscientos sesenta y ocho escuadrones contaba el mariscal de Villars, y no pudo, sin embargo, impedir que se rindiera la plaza de Tournay con toda su guarnición.

Sitiada la tenía el duque de Marlborough con numerosas tropas, pero además de éstas hallábase tan perfectamente secundado por el príncipe Eugenio, que todos los esfuerzos del francés fueron completamente inútiles.

Poco tiempo después, el 11 de setiembre, se dió la célebre batalla de Malplaquet, una de las más sangrientas que se dieran desde hacía más de un siglo. Perdieron en ella los franceses cinco generales, quedando otros ocho heridos, aunque los aliados perdieron más gente y más banderas. Salió herido de esta batalla el general en jefe Villars, habiendo tenido que sustituirle en el mando el mariscal de Boufflers, que fué quien envió el parte á Luis XIV de la pérdida de la batalla, añadiéndole: «Puedo asegurar á V. M. que jamás infortunio alguno ha sido acompañado de más gloria; todas las tropas de V. M. la han alcanzado grande, no habiendo cedido sino á la superioridad del número.»

Los aliados celebraron en España con salvas y otras demostraciones de regocijo la victoria de Malplaquet, que efectivamente para ellos era de gran trascendencia.

La consecuencia inmediata de esta batalla desastrosa para los franceses, fué el sitio y toma de la plaza de Leumonts, que se rindió el 20 de octubre por capitulación, y que no pudo evitarse á pesar de que el mariscal de Berwick corrió á unirse al ejército francés de Flándes para reforzarle.

En el Delfinado el duque de Berwick había hecho también una campaña no ménos digna de alabanza.

Falto de recursos de todo género, indisciplinándose y desertando las tropas, sin que el gobierno francés pudiera proporcionarle subsistencias ni darle nada de lo que estaba pidiendo y que la necesidad exigía, pudo sostenerse delante de un enemigo muy superior en fuerzas y recursos, y contenerle en la frontera, impidiendo que invadiera el territorio francés, que hubiese sido de incalculables consecuencias.

El duque de Harcourt en el Rhin se sostenía con iguales desventajas. Hambrientas y desnudas sus tropas, continuamente estaba haciendo presente á la corte de Francia su lamentable situación; esto, no obstante, pudo sostener ante el enemigo las líneas del Lauter. De esta manera, al terminar el año 1709, la Francia conservaba libre su territorio, merced á los prodigiosos esfuerzos con que los ejércitos de Flándes, Italia y Alemania supieron defenderse.

En España la frontera de Portugal se mantenía protegida y á cubierto de una invasión. En Cataluña era donde la lucha iba á tomar proporciones de otro género. El ejército franco-español era superior allí al de los aliados, mandado por el conde de Staremberg.



LA ÚLTIMA BATALLA DE ZARAGOZA